

## **SEMINARIO DE HISTORIA**

Dpto. de H<sup>a</sup> social y del Pensamiento Político, UNED  
Dpto. de H<sup>a</sup> del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos  
Universidad Complutense de Madrid  
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2011-2012  
Documento de trabajo 2012/2

### **AFINIDADES ELECTIVAS**

### **FRANQUISMO E IDENTIDAD VASCA, 1936-1970**

FERNANDO MOLINA  
UPV/EHU

**SESIÓN: JUEVES, 16 DE FEBRERO DE 2012, 19 H.**

**Lugar: Biblioteca**

Instituto Universitario José Ortega y Gasset  
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: [seminariodehistoria@gmail.com](mailto:seminariodehistoria@gmail.com)

## **AFINIDADES ELECTIVAS. FRANQUISMO E IDENTIDAD VASCA, 1936-1970<sup>1</sup>**

Fernando Molina, UPV/EHU

El Franquismo constituye, junto con la crisis foral decimonónica, el tiempo histórico por antonomasia del imaginario político vasco. En realidad, el Franquismo tal y como se representa en la actualidad en el País Vasco integra dos tiempos, uno histórico, más sometido a los dictados de la memoria colectiva que de la historiografía, pero que, mal que bien, trata de interpretar aquellos a través del método científico. El otro tiempo es, en sí mismo, un mito político, un dispositivo narrativo destinado al debate político y de la identidad. Este Franquismo mítico fue concebido en el ámbito de la oposición política a la dictadura como un cauce externalizador de los problemas que aquejaban a ese conglomerado de organizaciones y partidos clandestinos en su diversa concepción de la política, la identidad o la soberanía. Fue creado con el fin de que dispares facciones ideológicas y políticas de signo católico, liberal, marxista e incluso revolucionario se arrogaran la identificación exclusiva con un ideal abstracto de libertad y democracia en cuya némesis colocaban a la dictadura. Así, la consideración de algo o alguien como “antifranquista” le concedía automáticamente legitimidad como demócrata, por mucho que el proyecto que reivindicara fuera poco acorde con el de una democracia liberal o “burguesa”, como se decía entonces. La coyuntura política del tardofranquismo, con el surgimiento de una complementaria oposición armada representada por ETA, y el rebrote de políticas represivas estatales respecto de las manifestaciones políticas y de identidad de amplios sectores de la sociedad vasca, intensificó una consideración del Franquismo más proclive al mito que a la historia, en la que las violencias del presente

---

<sup>1</sup> Este texto es una versión algo modificada de uno de los capítulos que forman el libro editado por X. M. Núñez Seixas y S. Michonneau titulado *Imaginarios nacionalistas durante el Franquismo* (Madrid, Casa de Velázquez, 2012, en prensa). Puede citarse haciéndose referencia a dicho libro colectivo. Su tesis, junto con la vertida en un artículo sobre la represión franquista en tierras vascas y su recuerdo colectivo que está siendo evaluado por una revista anglosajona, alimenta el argumento de un libro cuyo título provisional es *El síndrome Athletic. Franquismo e identidad nacional en el País Vasco*. Agradezco la ayuda que he recibido de Joseba Louzao, Alejandro Quiroga, Antonio Miguez y Jose M. Faraldo. Su marco científico es el proyecto HAR2008-06252-C0201, *Imaginarios nacionalistas e identidad nacional española en el siglo XX*, del que son IP Xose Manoel Núñez Seixas (USC) y Javier Moreno Luzón (UCM) así como el Grupo de Investigación del sistema académico vasco IT-429-10, liderado por Luis Castells (UPV).

se vinculaban a las de la guerra y posguerra mediante narrativas de identidad que han gozado de amplio predicamento en la opinión pública y política española hasta la fecha.<sup>2</sup> Narrativas que han ignorado (si no falseado) las actitudes individuales y colectivas de complacencia, colaboración o abierta identificación que el régimen había concitado durante década, convirtiendo al “pueblo vasco” en protagonista por antonomasia de la oposición al Franquismo.<sup>3</sup>

La política nacionalizadora adoptada por ETA se encaminó, en esos últimos años de dictadura, a destruir los lugares de memoria del Franquismo vasco, y a aterrorizar, en los años posteriores, a sus avalistas residuales en el espacio local y provincial, difuminando un colectivo social en declive ideológico que pasó a desaparecer del espacio público. De esa manera, la realidad social fue forzada a adaptarse a los discursos de la oposición a la dictadura, sustancialmente izquierdista y/o nacionalista, que cuestionaban cualquier implicación de la sociedad vasca en ese régimen. La memoria de la guerra se adecuó al nuevo ciclo de protesta contra la dictadura, mediante un relato colectivo que vinculaba los asesinatos del otoño de 1936 en Guipúzcoa con los primeros muertos de ETA o las redadas masivas de estudiantes y trabajadores de finales de los 60 y los primeros 70.<sup>4</sup>

Finalmente, el debate político de la Transición incrementó esos contenidos míticos, al definir canónicamente los referentes de la memoria pública (como toda memoria, parcial, subjetiva e idealizada) de la guerra y la dictadura. La consideración de los militantes de ETA como “gudaris de hoy”, aquellos que habían recogido el testigo de los “gudaris de ayer”, elaborada discursivamente por Telesforo Monzón, ex dirigente

---

<sup>2</sup> El análisis de estas narrativas durante la Transición, generadas a la par que se digería la oleada de violencia callejera, terrorista y, en mucha menor medida, policial y parapolicial, constituye el horizonte de las incursiones que he practicado en estos años de contrato Ramón y Cajal en la II República, el Franquismo y la propia Transición, publicadas en Luis Castells y Arturo Cajal (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea, 1808-2008* (Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 225-255), *Historia del Presente*, nº 13, 2009, pp. 41-54; *Claves*, nº 199, 2010, pp. 64-71, *Nations and Nationalisms*, vol. 16, nº 2, 2010, pp. 240-260 y *National Identities*, vol. 13, nº 1, 2011, pp. 17-33. Es el tema que he elegido, además, como proyecto de memoria de investigación de cara a la estabilización de mi presente contrato en la UPV, si es que ésta fructifica...

<sup>3</sup> A. RIVERA, «Cuando la mala historia es peor que la desmemoria», pp. 66-67.

<sup>4</sup> F. MOLINA, «Guerras Simbólicas y Construcción nacional»; P. AGUILAR, «La Guerra Civil española en el discurso nacionalista vasco», p. 137.

del PNV reubicado en Herri Batasuna como propagandista mesiánico de la causa de ETA militar, tuvo especial eco en el PNV, cuyo portavoz más carismático, Xabier Arzallus, llegó a calificar a Jose Miguel Beñarán, Argala, dirigente de esa organización asesinado en diciembre de 1978, como “gudari” y “uno de los nuestros”. Las referencias al Franquismo como fenómeno externo a los vascos fueron constantes en el discurso del partido que formaría gobierno en 1980 y, consiguientemente, en el discurso de ese gobierno durante los treinta años en que fue liderado por militantes de dicho partido.<sup>5</sup> La Guerra fue presentada por el discurso oficial del Gobierno Vasco como una realidad ajena a la dinámica histórica vasca, un conflicto impuesto desde el resto del Estado y que conllevó la conquista final de este territorio por un españolismo invasor, que culminaba los intentos asimilacionistas seculares de un Estado centralista y castellano. Los apoyos locales al bando insurgente y al régimen subsiguiente eran ignorados y la derrota final de la República se presentaba como una derrota colectiva de “Euskadi”. El Franquismo alimentó, así, un relato cuyo argumento central residía en la imposición de un cuerpo extraño y sin raíces en la sociedad local, promotor de una reespañolización genocida en lo cultural e identitario. Lo importante en este relato no era que la República hubiera perdido la guerra, sino que ésta la había perdido Euskadi, “en forzada sinécdoque que identificaba nacionalista (subestatal) con patria”.<sup>6</sup>

Este Franquismo mítico pasó, en los 90, a alimentar el definitivo metarrelato que ha banalizado la problemática política y el debate de la identidad colectiva: el “conflicto vasco”. Fue dotado de estatus institucional con ocasión del Pacto de Lizarra consignado por las fuerzas nacionalistas el 12 de septiembre de 1998: “la sociedad vasca, durante demasiados años, ha venido sufriendo las consecuencias de un conflicto histórico de naturaleza política no resuelto”.<sup>7</sup> Juan José Ibarretxe, ex lehendakari del Gobierno Vasco y avalista institucional de dicho pacto, ha presentado recientemente en la universidad pública vasca una tesis doctoral aprobada con grandes elogios y que no es sino una reformulación en lenguaje más o menos académico del famoso proyecto de nuevo Estatuto político que defendió como programa de gobierno de su tercera legislatura. En esta tesis doctoral, al igual que en el programa aludido, puede verse el

---

<sup>5</sup> J. M. BENEGAS, *Recuerdo de Fernando Múgica*, pp. 167-168.

<sup>6</sup> X.M. NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, p. 25.

<sup>7</sup> M. MONTERO, «La historia y el nacionalismo», pp. 259-260 y 252.

lugar esencial que ocupa el aludido metarrelato que concibe la historia vasca en forma de dialéctica nacional.<sup>8</sup>

La banalización de la identidad vasca presente en dicho relato ha sacado especial partido del debate público suscitado en torno a la memoria histórica. Los trabajos más activos en este ámbito han sido los practicados por simpatizantes del nacionalismo radical, que ha logrado desde los tiempos de Lizarra un efectivo triunfo sobre el PNV en la definición del nuevo canon histórico y simbólico de la nación. Un canon que cuenta con dos mitos referenciales: el Reino navarro medieval, recreado como una especie de “Gran Serbia del Zar Dusan” perdida a manos de los españoles en 1512; y la Guerra Civil, convertida en símbolo del conflicto vasco y sus consecuencias “genocidas”, en donde los muertos en el frente o por efecto de los bombardeos o la represión militar y política en sus diversos ciclos de guerra, posguerra y declinar de la dictadura son colocados como víctimas del pueblo vasco que sumar a las generadas por el Estado democrático durante la supuesta continuación de este “conflicto” que habría constituido la lucha contra el terrorismo de ETA. De esta manera se consiguen equilibrar los saldos de la violencia terrorista de signo nacionalista en la España democrática.<sup>9</sup>

Es común encontrar, en la limitada producción académica referida al Franquismo, trabajos que presentan la autonomía obtenida durante la II República como una aspiración general del “pueblo vasco” por retornar al supuesto estado armónico foral perdido en 1876, en el que la promoción de “la identidad vasca” volvería a

---

<sup>8</sup> Esta tesis fue presentada en la Universidad del País Vasco en septiembre de 2010 bajo el título “Principio Ético, Principio Democrático y Desarrollo Humano Sostenible: fundamentos para un modelo democrático”, bajo dirección de Francisco Javier Caballero Harriet y Luis Mariano Negrón. Presenta un apartado II.1.2 titulado “la historia de una convivencia frustrada”, en el que se ofrece un curso acelerado de historia vasca según la peculiar interpretación de la militancia del PNV. Así, califica el periodo anterior a la Primera Guerra Carlista como “etapa de convivencia basada en el respeto a los Fueros, el Pacto y la soberanía compartida hasta 1839”, mientras el siguiente a esta guerra es una “Quiebra del Principio de Libre Adhesión. Quiebra del principio de convivencia. Sus consecuencias”. Finalmente, el Franquismo enmarca “una Nueva quiebra de convivencia: 1939–1975”, precedida por una “lucha por la autonomía, 1931–36”. Entre medias planea la sombra del “conflicto político”, a ratos calificado como “problema político” o “problema vasco”...

<sup>9</sup> Véase el discurso al respecto del colectivo *Euskal Memoria*, en el que colaboran varios *historiadores* comprometidos con la “Memoria Histórica” y que es, curiosamente, exacto al de la pujante coalición política *Bildu*. La obra más representativa de este colectivo es: J. AGUIRRE, *No les bastó Guernica*.

hermanarse con el autogobierno político. Ello habría sido obstaculizado por la invasión “fascista” comandada por el General Franco, cuya voluntad de destrucción de “la identidad vasca” habría quedado simbolizada en lo que un periodista de la Transición denominó el “holocausto de Guernica”.<sup>10</sup> Las fuentes de este relato histórico practicado por historiadores más o menos académicos son los servicios de propaganda del Gobierno Vasco en la Guerra Civil y el exilio, minutas diplomáticas contemporáneas de la guerra y trabajos periodísticos e históricos muy deficientes.<sup>11</sup> A estos trabajos se han añadido enciclopedias de la Guerra Civil financiadas con partidas públicas millonarias así como estudios locales promovidos por ayuntamientos, y filmes documentales surgidos al calor del debate de la Memoria Histórica, financiados, asimismo, con generosos fondos públicos. Todo ello elaborado por historiadores con una deontología profesional un tanto particular, especializados en practicar un relato cuyo fundamento científico es el siguiente: ausencia de crítica de fuentes, suplida por la exposición reiterada de documentos de la época; estadísticas de “víctimas” en las que se confunden fallecidos en los frentes de guerra o los bombardeos con los ‘represaliados’ de retaguardia; y cuya identidad vasca es catalogada según criterios biológicos y no administrativos o territoriales, una marcada ausencia de interés comparativo con otros territorios españoles...<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup> C. WATSON, *Basque Nationalism and Political Violence*, p. 173; R. CLARK, *The Franco years.*, 80-82, idem, *The Basque Insurgents*, p. 21; A. D’ORSI *Guernica, 1937*, p. 17.

<sup>11</sup> Compárese este relato con el que, al respecto del caso catalán, realizó A.F. CANALES SERRANO, «El robo de la memoria»..

<sup>12</sup> Características subrayadas por S. DE PABLO, «La Guerra Civil en el País Vasco»; «Silencio roto (sólo en parte)», p. 397; ‘Historiografía: estado de la cuestión’, pp. 47-49; F. ESPINOSA, «Sobre la represión franquista en el País Vasco», pp. 61-65; o M. PRATS, «La cuestión de la memoria histórica en el País Vasco», pp. 19-35. Dos ejemplos (entre decenas) de obras generadas por estos talleres improvisados de historia serían I. EGAÑA (dir.), *1936. Guerra Civil en Euskal Herria*, Aise Liburuak, 2008 (8 volúmenes); OCTUBRE TALDEA: *Arrasate 1936. Una generación cortada*, Arabera, San Sebastián, 2003, o X. LASA, *Historia oral: la voz dormida de la memoria. Andoain, recordando a quienes lucharon por la libertad y contra el fascismo*, Oroituz, Andoainen, Andoain, 2006. No puedo dejar de citar un extracto de la introducción del trabajo referido a Mondragón (Arrasate) para hacerse una idea de cómo se ha practicado el estudio del Franquismo a nivel local: “Oktubre Taldea se formó cuando un artículo acerca del 34 y sus secuelas nos hizo ver lo poco que sabíamos de hechos sucedidos en nuestro pueblo no hace demasiado tiempo, durante la II República y la guerra. Decididos a no dejar pasar de largo el 50 aniversario de estos acontecimientos comenzamos a organizar una exposición conmemorativa. La

Todos estos trabajos se insertan en un intento por gestionar políticamente la memoria pública del Franquismo en el contexto de interés generado por el debate de la “Memoria Histórica”. Los nacionalistas vascos, fusilados, exiliados o silenciados, se convierten en “el paradigma de los vencidos, ya que perdieron la lucha (por la República) y además perdieron su libertad política y cultural, con la prohibición de hablar euskera”.<sup>13</sup> Esta lectura se hace, además, como señala Paloma Aguilar, adaptando la represión de guerra y posguerra, lejana en el recuerdo, a la de los últimos años de la dictadura y la Transición, de la cual existe una amplia memoria colectiva muy presente en la vida pública. El relato se ve, finalmente, respaldado por estudios internacionales que insisten en presentar la represión franquista como una política dirigida sustancialmente al exterminio del nacionalismo vasco. Y es que a los “altísimos” índices de asesinatos y encarcelamientos de “vascos” (equiparados con “nacionalistas”), se habría unido el intento de destrucción de una “cultura milenaria”.<sup>14</sup> Así, la represión adquiere el preceptivo tinte *genocida*.<sup>15</sup>

---

búsqueda del material necesario nos puso en contacto con testigos directos de muchas historias (...) aportándonos de paso un nuevo caudal de documentos y testimonios. Esta acumulación de material nos creó un problema: qué hacer con todas aquellas fotografías, papeles y datos (...). Aún sabiendo que las dificultades eran grandes, el temor a que todos esos recuerdos se volvieran a desperdigar nos llevó a recopilarlos en un libro. (...) 3 obreros y un par de maestros investigando y escribiendo a ratos libres a nadie extrañará que a veces cometan fallos de ortografía o sintaxis; o que por su juventud (...) confundan a menudo nombres y fechas. Además el trabajo ‘a cachos’, cada uno de un tema, hace que las junturas de los capítulos se resientan (...) que se repitan cosas y que haya saltos de estilo más o menos fuertes. Esperamos que lo sepáis comprender a cambio del único acierto que nos atrevemos a señalar: la recuperación de trozos de memoria de nuestro pueblo casi perdidos” (sic).

<sup>13</sup>M. PRATS, «La cuestión de la ‘Memoria Histórica’ en el País Vasco», pp. 25-27, la cita en esta última página. Uno de los libros financiados durante la última legislatura de Juan José Ibarretxe fue una colección de testimonios de fusilados titulada *Cómo mueren los vascos. Testimonios póstumos de fusilados en Euzkadi por invasores franquistas* (Vitoria: Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2009). Su título, heredado del original de 1938, es sintomático de la lectura maniquea aludida, al igual que el de otro producto de corte similar: *La guerra civil en Euzkadi* (Bidasoa. Villefranche, 2005), que presenta 136 testimonios de la represión que corresponden, únicamente, a nacionalistas vascos...

<sup>14</sup> X. IRUJO, «Introduction to a Political History of the Basque Language and Literature», p. 49; D. MURO, *Ethnicity and Violence.*, pp. 92-93.

<sup>15</sup> Así lo expone, sin duda alguna, C. WATSON, *Basque Nationalism and Political Violence*, p. 174. Llama la atención que esta tesis que victimiza a los nacionalistas por encima del resto de represaliados, cuya identidad se difumina, la haga suya P. PRESTON, *El holocausto español*, pp. 565-579, pese a su

Sin embargo, quizá sea necesario que los historiadores de “aquí” realizáramos una cierta autocrítica acerca de nuestro papel en el debate público en torno al Franquismo en el País Vasco. Hasta fechas muy recientes no se ha promovido en la universidad un sólo proyecto de investigación colectivo destinado a mejorar el conocimiento sobre las violencias sucedidas en ese pasado tan disputado políticamente. El recuento de tesis doctorales centradas en los aspectos que más han alentado la mitología aludida resulta ciertamente penoso. Por no hablar que el único libro publicado con aspiración monográfica sobre este periodo está elaborado por el cronista local del periódico de principal tirada en el País Vasco, que se limita a adoptar el preceptivo relato canónico elaborado al efecto.<sup>16</sup> El que a fecha de hoy se desconozcan las cifras de esta represión en la provincia más importante de este territorio, el que no exista una sola investigación monográfica dedicada a los sectores que respaldaron al régimen, el que no se sepa absolutamente nada acerca de cuáles fueron las claves sociales y experiencias locales de esa fenomenal “represión del euskera” que proporciona la consabida dimensión de “genocidio cultural” al relato histórico sobre este tiempo resultan datos que avalan la existencia de un estamento académico ligeramente autista, siquiera hasta fechas recientes, respecto a cómo la historia ha sido empleada en la lucha por el poder, el debate de la identidad y, consiguientemente, el relato legitimador de la violencia terrorista.

En este texto presento un relato histórico tomado de fuentes fundamentalmente secundarias, que incorpora variables que entiendo pueden ser útiles a la hora de comprender mejor qué pasó durante cuatro décadas, entre 1930 y 1970, en esas tierras. Un relato que presenta los mimbres de un ensayo histórico con el que simplemente deseo reorientar la lectura de ese pasado de forma que facilite la comprensión de los sucesos ocurridos durante la Transición democrática y cómo éstos fueron asimilados por

---

conocimiento bibliográfico mastodónico del asunto, que resulta mucho más atinado cuando aborda otros fenómenos como el gallego.

<sup>16</sup> I. VILLA, *Historia del País Vasco durante el Franquismo*. Este historiador sustituyó a Manuel Montero en las crónicas dominicales de historia local que publica *El Correo*. El cambio se ha hecho notar (a peor). Por poner un ejemplo referido al libro citado, en su página 72 este cronista alaba la “completísima obra 1936. Guerra Civil en Euskal Herria” a la hora de evaluar la represión franquista en el País Vasco, obra cuyas dotes historiográficas he consignado en página anterior, si bien confunde a su editor y alma mater con un medievalista que editó otra obra muy distinta, una historia general del País Vasco...

la opinión pública y el estamento político e intelectual de una España en proceso de democratización, asunto sobre el que realmente orbita, como ya he comentado, mi análisis científico actual.

### **Entre *Jaungoikoa* y las Cortes de la República**

A la altura de 1900 la nacionalización del catolicismo vasco fue interceptada por la dinámica de conflictividad con las posiciones laicistas y anticlericales de PSOE y republicanos. El campesinado de estas tierras vivía por entonces un intenso proceso de politización dotado de una apreciable dimensión patriótica, cuyo canal no era el Estado liberal, sino una institución, la Iglesia, y dos fuerzas políticas con una notable sintonía cultural, que se disputaban la hegemonía política en ese mundo: el tradicionalismo, dividido entre integristas y carlistas, y el nacionalismo vasco.<sup>17</sup>

En el espacio público católico fue arraigando en las dos primeras décadas del nuevo siglo una extrema derecha conmocionada por el peligro de una descristianización de España, interpretación que concedía a las corrientes educativas liberales, el republicanismo anticlerical, el marxismo “ateo” y las políticas secularizadoras de los gobiernos liberales alfonsinos. Este catolicismo político recurrió a un amplio repertorio de protesta colectiva: peregrinaciones, procesiones, misas y otras ceremonias litúrgicas, recogidas de firmas, mítines organizados por asociaciones laicas más o menos politizadas, manifestaciones, misiones populares, confesiones masivas... La retórica de *Reconquista* cobró especial fuerza en el discurso público, y el País Vasco fue terreno fértil para ella, dado que en él la conciencia católica militante se veía sacudida por experiencias traumáticas generadas por el cambio social: activismo obrero y anticlerical en la margen izquierda del Nervión, Eibar, Pasajes, Irún o el valle de Léniz; pecaminoso “libertinaje” en las sociedades de recreo bilbaínas o donostiarras, incipiente anarquismo en la Rioja Alavesa....

Los cambios en actitudes sociales, festivas, sexuales y laborales generaron una reacción violenta entre los católicos más extremistas. Herman Lebovics ha calificado la disputa entre laicistas y católicos en la Francia de entonces como una “guerra por la identidad cultural”, en la que la derecha católica y su “nacionalismo integral” establecieron un atractivo discurso centrado en la recuperación de los valores y

---

<sup>17</sup> J. LOUZAQ, *Soldados de la fe o amantes del progreso*.

tradiciones de la “verdadera Francia”. Este discurso político recurría a un lenguaje patriótico esencialista y reivindicaba la autenticidad católica de la nación que, una vez recobrada, sería la garantía de una identidad nacional en la que la “pequeña patria” canalizaba la “patria grande”. Esta tesis permite entender el conflicto de identidades vascas de ese tiempo, en el que tradicionalistas, monárquicos y nacionalistas vascos pugnaban entre sí como valedores esenciales de la “verdadera Euskalherria (o Vasconia)”, disintiendo, únicamente, en la lectura nacional de esa pugna, pues mientras unos buscaban convertir el País Vasco en una “nueva Covadonga insurgente” que iniciara la “Reconquista” de España, los otros buscaban separar definitivamente “Euzkadi” de una España “impía” que caminaba por la senda del “ateísmo”.<sup>18</sup>

La llegada de la República fue vivida por este catolicismo, consiguientemente, bajo el prisma del castigo divino. El debate autonómico constituyó un primer ejemplo de la comunidad de referentes identitarios entre católicos, independientemente de la dimensión nacional que atribuyeran a aquellos. La identidad vasca que se definió en ese proyecto recurrió ampliamente a la tradición cultural del regionalismo decimonónico de matriz foral y simpatías tradicionalistas, comunicado a través de diversos componentes. Uno de ellos era el romanticismo historicista, que establecía una consideración ancestral del pueblo vasco como sujeto político. Otro, muy vinculado a éste pues interactuaba con su estética étnica, era el ruralismo, reflejado en la exaltación de los tipos campesinos como símbolo de lo vasco, especialmente una lengua, que, según Engracio de Aranzadi (uno de los principales portavoces del PNV), era el «instrumento dado por Dios para la conservación de la nacionalidad». En este ámbito destacó la elaboración científica de estos componentes etno-románticos practicada por Jose Miguel de Barandiaran desde el Seminario de Vitoria. En sus pioneros trabajos realizados en los años 20 ya había propuesto que la lengua era el depósito de la tradición en donde se conservaba el contenido espiritual del grupo étnico. La desaparición del idioma materno llevaba aparejada la decadencia de los elementos que estaban íntimamente conectados con la vida popular. La introducción de una lengua extraña producía un desgarramiento interno de las

---

<sup>18</sup> F. MOLINA, «De la Historia a la Memoria», pp. 174-181; J. LOUZAO, *Soldados de la fe o amantes del progreso*, pp. 65-66; «La Virgen y la Salvación de España», pp. 197-203.

formas de vida de la comunidad étnica, lo que favorecía que muchos abandonaran la identidad ancestral y, con ella, la religión.<sup>19</sup>

El proyecto político de unidad católica entró en crisis a fines de 1932, cuando el tacticismo de los nacionalistas respecto de la autonomía entró en conflicto con la posición confrontacional del resto de derechas. Se generó un distanciamiento político entre ambos extremos católicos, fuertemente condicionado por el debate político entre dos vertientes de un mismo bloque cultural que pugnaban, de la mano de nacionalismos alternativos, por arrastrar hacia sí a una misma comunidad de votantes. Pero este distanciamiento fue político, no cultural. Donde mejor se contempla la afinidad que mantuvieron ambas vertientes fue en la multitud de iniciativas culturales en que se vieron reunidas desde 1932, todas promovidas por la Iglesia, auténtica cantera intelectual e ideológica de este universo político. La Asociación Jaungoiko-Zale (dedicada a la promoción del catecismo en lengua vasca), la Agrupación Sacerdotal Catequística de Estudio y Acción (grupo de formación y animación de la catequesis) y demás asociaciones apadrinadas por la Iglesia y nutridas por sacerdotes promovieron una vasta publicística y acción colectiva destinada a actuar sobre la “crisis religiosa” azuzada, según su discurso público, por la legislación “anticristiana” del nuevo régimen.

Otro ejemplo de esta identidad común entre católicos lo constituyeron las iniciativas generadas por el Seminario de Vitoria reformado por su nuevo Rector, Mateo Ezkázaga, que favoreció una modernización de la revista corporativa, *Idearium*, que incorporó las temáticas sociales y culturales que incidían en la representación de una única identidad vasca y de los peligros que la acechaban. Si esta revista estaba destinada a un espacio sociológico interno a la Iglesia, lo contrario se pretendió con *Yakintza*, en 1933, apadrinada por el movimiento intelectual “renacentista” de impronta nacionalista, creado durante la Dictadura de Primo de Rivera con el fin de promover la recuperación y habilitación de la lengua vasca como instrumento de “alta cultura”.

Este es el contexto en que deben colocarse las aludidas investigaciones de Jose Miguel de Barandiarán, intelectual (y, no por casualidad, sacerdote), que destacó por su habilidad para introducir esta representación tópica de la identidad vasca común a todos

---

<sup>19</sup> A. RIVERA Y J. de la FUENTE, «Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta», p. 84. I. PEREA, *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco*, vol. II, p. 708, y vol. III, p. 1154.

los católicos en proyectos científicos de gran envergadura, tanto en el terreno etnográfico como en el prehistórico. Sus campañas alimentaron un relato arqueológico hecho a la medida de la identidad católica. Los vascos aparecían como una comunidad de identidad desde el Paleolítico y el Cristianismo habría terminado de fijar su *humanismo* característico, con el que aludía a la dimensión trascendental y monoteísta de sus hábitos y costumbres como pueblo ancestral. Sobre ese humanismo “precristiano” se habría edificado la *familia* como eje de la vida social y medio natural del vasco, simbolizada en la casa solar. La *conciencia de grupo étnico* remitía a la época paleolítica, y en ella tenía un papel central la lengua, las artes populares y los modos de vida rurales.<sup>20</sup>

La lectura de este científico era abierta a todos los católicos. Las representaciones típicas del “buen vasco” en la publicística católica compartirán el mismo tono banal que difundía el discurso científico de Barandiarán. Tipos masculinos de porte campesino, ataviados con la tradicional boina, faja y alpargatas, constituidos en defensores de la Iglesia y la casa solar frente a muchedumbres de obreros “idólatras” y “marxistas”, ávidos de incendiar esos dos referentes de la identidad común. Tal imagen quedó consignada en la portada de una revista católica de esos años.<sup>21</sup>  
**(ILUSTRACIONES I y II, pp. 41-42 de este documento)**

El fenómeno de las apariciones de Ezkioga fue la guinda de un contexto histórico de desorientación política que incentivó el refugio defensivo en una concepción confrontacional de la identidad vasca. Ello se vio beneficiado, además, por el furioso españolismo anticlerical de republicanos y socialistas, que convirtió el debate en torno a la identidad vasca en una continuación del generado por las guerras civiles decimonónicas, una pugna entre el campo (la barbarie) y la ciudad (la civilización), entre los «cavernícolas» y los ciudadanos, entre el *Gibraltar Vaticanista* del proyecto de autonomía y la nación española simbolizada por la República. De lo que se desprende que las fuerzas que respaldaban ésta manifestaron una escasa sensibilidad a los componentes tópicos de la identidad vasca y ello alentó su contemplación extranjerizante tanto por parte de nacionalistas vascos como por derechas españolas.<sup>22</sup>

---

<sup>20</sup> I. PEREA, *El modelo de Iglesia subyacente*, pp. 1245-1254.

<sup>21</sup> *Adelante. Semanario Católico*, nº 12, 27 junio de 1931.

<sup>22</sup> F. MOLINA, «El vasco o el eterno separatista», pp. 302-415.

Los discursos nacionalistas, cuando son colocados en una dinámica movilizadora, tienden a incorporar una “estructura triádica”, consistente en la exaltación retórica de tres momentos de la vida de la nación: una edad de oro en un pasado idealizado, un presente de decadencia patria y un futuro de regeneración nacional.<sup>23</sup> La identidad vasca hegemónica en el debate público de la II República fue concebida desde esta estructura discursiva en la que una Arcadia (foral y católica) feliz se veía contrastada con un presente apocalíptico con el fin de incentivar la movilización en pos de un futuro de recuperación de los valores perdidos.

Este germen retórico común fue, nuevamente, autónomo de la pugna política entre nacionalistas vascos y españoles, y sirvió para unir ambos movimientos socio-políticos en torno a una misma representación de la identidad. Una identidad colocada en oposición a un conglomerado de culturas políticas que sólo convergían en un común ideal republicano, bien de forma tacticista (como antesala de la revolución obrera) o bien finalista, de signo liberal o socialista. Este conglomerado abarcaba federalistas ubicados en Acción Nacionalista Vasca o los pequeños partidos republicanos, que compartían una parte del imaginario romántico local de los católicos por ser común a la tradición liberal decimonónica, pero que rechazaban el catolicismo como elemento esencial de la identidad. También a facciones republicanas que incidían en representaciones de la identidad más provincialistas que regionalistas, en las que la identidad romántica constituía poco menos que una vaga referencia con que afianzar un republicanismo cívico de tradición fuerista. Finalmente, este conglomerado incorporaba opciones políticas más netamente obreras que prescindían, en su versión anarquista o socialista, casi de cualquier referente activo de signo regional. Sólo la incipiente facción comunista había concertado una amplia absorción de referentes etno-nacionalistas, en buena medida como forma de distanciamiento del españolismo de los socialistas.<sup>24</sup>

### **El holocausto vasco**

---

<sup>23</sup> Esta estructura es subrayada por A. QUIROGA, «Hermanos de sangre», con el fin de explicar el marco social que favoreció los préstamos culturales de matriz racista entre los nacionalismos católicos y antiliberales ibéricos. El papel esencial de esta estructura retórica en el nacionalismo vasco extremista ha sido subrayado por J. CASQUETE, *En el nombre de Euskal Herria*, pp. 53-54. El fundamento teórico de ambos proviene de R. GIRARDET, *Mythes et Mythologies politiques* y M. LEVINGER y P. FRANKLYN LYTLE, «Myth and Mobilisation».

<sup>24</sup> A. RIVERA, *Señas de identidad*, pp. 91-134, 170-218.

Entre 1933 y 1936 se produjo una pugna violenta entre los nacionalismos que articulaban el bloque católico por el monopolio de la identidad vasca. El 18 de julio terminó por ventilar este debate tanto como la guerra cultural que tenía como marco. La insurrección militar actuó como la coyuntura de oportunidad política perfecta para el despliegue del proyecto homogeneizador nacionalcatólico concertado por tradicionalistas y otras ramas católicas minoritarias, mientras la cúpula del PNV decidió sacar partido de la ventaja del Estatuto de Autonomía para afianzar su aspiración por gestionar políticamente la identidad vasca. Comenzó entonces una enconada disputa en torno a ésta entre el Gobierno de Euzkadi radicado en Bilbao y el nuevo Estado nacionalista de Burgos, que colocaría buena parte de su industria propagandística en San Sebastián una vez la ciudad fuera tomada en otoño de 1936.

Los esfuerzos propagandísticos de los dos contendientes católicos por negar la condición vasca del adversario fueron notorios. Así, si el Gobierno Vasco se arrogaba la defensa de esta identidad como su principal fin institucional, en contraposición a la invasión “fascista española”; mientras, la propaganda rebelde insistió en negar condición vasca a dicho Gobierno y más aún al PNV, en tanto que pretendido partido católico que defendía una República de “bolcheviques” y “marxistas”, contraria a las “esencias católicas” nacionales. La propaganda del Nuevo Estado recurrió con intensidad al epíteto “rojo-separatismo” para banalizar el complejo universo de identidades y comunidades políticas que sostuvo la causa de la República y negarle condición vasca. El catolicismo de este tercio de vascos afines al PNV, «hipnotizados» por la jefatura de este partido, había convertido su apuesta por la República en una «tragedia espiritual» de notables proporciones, por cuanto cuestionaba el mito fundador de la insurrección, esa Reconquista católica que tan arraigada hemos visto en la cultura política del País Vasco.<sup>25</sup> El discurso expiatorio dejaba abierta, sin embargo, la puerta a una “conversión” de estos católicos “descarriados”, cosa que de forma mucho más limitada se perseguiría respecto de los demás republicanos, banalizados en sus diversas

---

<sup>25</sup> Primera cita en Marqués Merry del Val, *Spanish Basques and Separatism*, Londres, Burns Oates & Washbourne Ltd, 1939, pp. 40-41; segunda en Rafael García de Castro, *La tragedia espiritual de Vizcaya*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1938; para lo demás J. LOUZAÑO, *Soldados de la fe o amantes del progreso*, pp. 66, 128-129.

y, a menudo, conflictivas identidades políticas (liberales, comunistas, socialistas, anarquistas) en la común condición de “rojos”.<sup>26</sup>

Esta dispar consideración de unos enemigos respecto de otros ha sido un tanto minusvalorada y muchos historiadores han asimilado con demasiada simpleza el recurso al epíteto del “rojo-separatismo” como indicador de una estigmatización paritaria entre ambas comunidades. Algo que los actuales estudios sobre la Guerra Civil en el País Vasco cuestionan. Otra cosa es que el nacionalismo vasco magnificase sus caídos (algunos de notable proyección pública), especialmente durante el “terror caliente” del otoño de 1936, y se apropiase de sucesos de gran impronta simbólica, caso del bombardeo de Guernica, el decreto-ley de 23 de junio de 1937 (que abolía el régimen de Concierto en Vizcaya y Guipúzcoa, si bien no introducía la famosa caracterización de “provincias traidoras”) o la represión del uso público de la lengua vasca, pese a que ésta careciera de diseño institucional y fuera el producto de mandamientos y bandos de signo local. Todo ello con el fin de incidir en la narrativa maestra de la Guerra como una “invasión española” destinada a combatir las aspiraciones de los vascos.<sup>27</sup>

Esta apropiación era natural en la medida en que su discurso descansaba en una identificación total y exclusivista con la identidad vasca y la causa del pueblo identificado con ésta, lo que le llevaba a asimilar como propio el bombardeo de su capital simbólica o la reprobación oficial de sus territorios históricos o su lengua singular. Estas tres medidas ayudaron al nacionalismo vasco a reproducir un canon narrativo característico de la derecha católica vasca pero que después de la Guerra Civil sólo pudo ser lógicamente exhibido por su parte no vencedora. Se trata del ya aludido relato de la edad de oro perdida (fueros en el pasado, autonomía en el presente) y el presente de decadencia y victimación colectiva (represión de guerra y posguerra) que anunciara un futuro de regeneración nacional.

---

<sup>26</sup> La propaganda franquista armó una réplica exacta de las manifestaciones favorables al arrepentimiento de los católicos rebeldes que practicó el PNV, lo cual da idea de las afinidades entre ambos bandos: X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Los nacionalistas vascos durante la Guerra Civil», pp. 588-589. La dificultad del “perdón” a los “ímpíos rojos” y el poco interés en su “conversión” en G. GÓMEZ y J. MARCO, *La obra del miedo*, pp. 269-291

<sup>27</sup> S. DE PABLO, «La lengua vasca durante la dittatura franchista»; X. M NÚÑEZ SEIXAS, «Los nacionalistas vascos durante la Guerra Civil», pp. 585-588; J.A. PÉREZ, «Foralidad y autonomía bajo el Franquismo», pp. 285-292.

Y es que la Guerra Civil había desequilibrado el debate público de la identidad vasca, al conciliar una comunidad republicana considerada tradicionalmente como “antivasca” con la abertzale, dejando un exiguo tercio sociológico de católicos tradicionalistas o independientes como gestores de la “tradicción vasca” exaltada por el discurso oficial del “Nuevo Estado”. Este tercio se agrupaba mediante uno de los varios nacionalismos españoles que confluyeron en el discurso rebelde, de signo propiamente católico, que debía compartir espacio con otros nacionalismos más centralistas o castellanistas (o navarristas). Estos últimos descansaban en una tipificación separatista de la identidad vasca, contrapuesta al papel cohesionador de otras regiones como Castilla o Navarra.<sup>28</sup>

La patrimonialización de la represión política en suelo vasco practicada por el PNV fue posible no porque la comunidad que este partido articulaba fuera la más represaliada, más bien por lo contrario. Los datos acerca de la represión rebelde durante y después de la Guerra reflejan cómo las políticas de represión y depuración más sustanciales afectaron con mucha mayor entidad a “rojos” que a “separatistas”. La acción represiva sobre los primeros persiguió su “exterminio” cultural, y en tanto que tal, el fin de la tradición patriótica de la República; la ejercida sobre los segundos persiguió, simplemente, su adaptación con mayor o menor fervor al imaginario nacional de una tradición política que les era propia. La dimensión violenta de la política de nacionalización franquista persiguió un objetivo muy diferente en unos que en otros: en unos tuvo como fin la destrucción, en otros, simplemente, la “conversión” o arrepentimiento a que se había referido la propaganda insurgente al tratar la «tragedia espiritual de Vizcaya».<sup>29</sup>

El resultado fue un desmantelamiento de la República en el País Vasco y, con ella, de su universo de identidades complejas, cuya relación con la pretendida identidad vasca “objetiva” había sido siempre problemática. Así lo sugiere una reciente

---

<sup>28</sup> X.M. NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 277, 281; la diversidad de nacionalismos franquistas en I. SAZ, *España contra España*; su segmento militarista en G. JENSEN, *Irrational Triumph*.

<sup>29</sup> I. SAZ, *España contra España*, pp. 157-158; A. CANALES F. *Las otras derechas*, p. 237. Datos actualizados sobre los variables niveles de violencia en unos y otros en P. BARRUSO, *Violencia Política y Represión en Guipúzcoa*, pp. 217-407; J. GÓMEZ, «La depuración de funcionarios en la Diputación de Álava»; F. ESPINOSA, «Sobre la represión franquista», pp. 72-73.

indagación biográfica que refleja la destrucción emocional de las familias republicanas, abocadas al exilio exterior e interior, a una supervivencia difícil bajo el estigma de la condición “roja”, así como al silencio público y privado de los traumas de la guerra y la derrota.<sup>30</sup> No fue ése el caso del nacionalismo vasco. Esta comunidad política pudo aprovechar canales institucionales del Nuevo Estado para asegurar su reproducción, especialmente los ofrecidos por la Iglesia. Asociaciones parroquiales, de padres de familia o deportivas, organizaciones de la Acción Católica, cofradías locales, etc. le permitieron renovarse generacionalmente, alentando un recuerdo resentido en el espacio íntimo, en donde el nuevo Estado apenas buscó intervenir.<sup>31</sup>

El distinto destino experimentado por un ilustre “rojo” como Julián Zugazagoitia, Ministro del Gobierno de Negrín y director de *El Socialista*, detenido por la Gestapo en Francia, entregado al Gobierno de Franco y ejecutado en tiempo récord, y el de un ilustre “separatista” como Luis Arana, co-fundador e ideólogo maestro del PNV, reincorporado desde el exilio a la plácida vida local de Santurce un año antes del fusilamiento tras juicio sumarísimo de Zugazagoitia, fallecido de muerte natural y enterrado en cristiana sepultura una década después, es reflejo de la diversidad de trato dado por los vencedores a las dos comunidades políticas que se habían identificado con la causa republicana en suelo vasco. En esta diferencia de trato reside la clave de la memoria colectiva clandestina elaborada durante la dictadura, que fue únicamente fijada por aquellos que mantuvieron, merced a la benevolencia con que fueron tratados, su condición de comunidad política. Es por ello lógico que no sólo se arrogaran el mayor sufrimiento sino que, pasado el tiempo, llegaran a hacer suyo el ajeno, computando como propio el de los republicanos diseminados por el destierro o el exilio interior.

Sin embargo, otra es la paradoja central que encierran estas diversas y contrapuestas experiencias comunitarias (y, en tanto que tal, identitarias) de la guerra y la posguerra. Y es que la política nacionalizadora que el nuevo Estado aplicó, desmantelando el entramado institucional de la República (jurídico, educativo, político, asociativo, sindical), exterminando una porción de sus simpatizantes, encarcelando a otra y “recatolizando” a la restante, lo único que hizo fue reforzar la identidad tópica que unía a católicos vencedores y vencidos y, con ello, los mimbres culturales de la

<sup>30</sup> JUARISTI, J. y PINO, M., *A cambio del olvido*.

<sup>31</sup> C. WATSON, *Basque Nationalism and Political Violence*, 174-176; X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Sobre memoria, minorías nacionales y nacionalismos sin estado», pp. 450-452.

futura “regeneración” de la nación vasca. El proyecto de nacionalización del “nuevo Estado” contribuyó a reforzar una identidad colectiva que hasta entonces había sido ampliamente cuestionada en el marco de la “guerra cultural”. El régimen de Franco “purificó” esta identidad, convirtiéndola en “la” identidad de todos los vascos...

### **Afinidades electivas**

Como he comentado, la Guerra Civil fue también una guerra por la identidad en el País Vasco (como en el conjunto de España y en sus diversas colectividades regionales). Este debate no fue entre dos nacionalismos unitarios. No existía unidad alguna entre el republicanismo español en esta materia, y el propio nacionalismo vasco actuó de forma autónoma respecto del discurso patriótico de la República. Pero tampoco fue esta absoluta en el bando rebelde. El nacionalismo fue la condición esencial del movimiento militar y civil sublevado contra la República.<sup>32</sup> Sin embargo, más que una cultura política común a todos sus componentes, lo que hubo fue una serie de referentes unitarios transversales, articulados en torno a la defensa de la religión y a un difuso anhelo de contrarrevolución. Más allá de eso la consideración de los componentes y símbolos de la nación fue muy dispar entre sus diversas familias .

El Franquismo ha encerrado en su falsa rotundidad como epíteto histórico una improbable unidad entre lo que fueron diversos grupos sociales y familias políticas unidos por una cultura política etno-católica y, quizá más aún, por los lazos de sangre que genera toda guerra: una memoria de sufrimiento, martirio y victoria, un repertorio consensuados de símbolos y mitos de la sangre derramada, un enemigo banalizado en la identidad del “rojo” (con mayor o menor aditamento “separatista”)... Probablemente estas diversas familias se hubieran despedazado, en caso de derrota, con tanta fruición como lo hicieron las republicanas en el exilio. Pero ganaron, y la victoria fue el principal lazo de unidad entre posicionamientos políticos diferentes, si no claramente divergentes, también en su dimensión patriótica.

La patrimonialización de la identidad vasca no fue un objetivo al que aspiraran todos los nacionalismos implicados en la insurrección militar, únicamente fue reivindicada explícitamente por el tradicionalista. Este nacionalismo se vio obligado a compartir la gestión de las “políticas de la victoria” con otro que carecía de sensibilidad

---

<sup>32</sup> X. M. NUÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 180-181

a las identidades regionales, es más, que renegaba de éstas, especialmente de aquellas que habían servido a la causa republicana, y reivindicaban una concepción nacional militarista y uniforme. Este nacionalismo, falangista o católico-monárquico, se fundamentaba en una consideración etno-castellana de la nación, la desconsideración de la pluralidad regional y sus señas de identidad (lenguas y tradiciones particulares) y la subordinación de la diversidad cultural al centralismo político. Es este nacionalismo el que, ya en la guerra, alimentará bandos y proclamas despreciativos respecto del euskera y proclives a una caracterización de estas provincias como «poco españolas», etc.<sup>33</sup>

Sin embargo, subsistió otro tradicionalista que alimentó una parte importante del imaginario político y simbólico del nuevo Estado, desde el calendario conmemorativo (Fiesta de los Mártires de la Tradición) hasta su semántica política, caso de la peculiar consideración foral de los derechos colectivos (Fuero del Trabajo, Fuero de los Españoles).<sup>34</sup> Este diseño político (fuertemente infiltrado por los referentes organicistas, tradicionalistas y corporativistas que alimentaban la consideración tópica del catolicismo y autogobierno foral vasco como referente esencial de la “verdadera España) subyace en aquella afirmación de Salvador de Madariaga de que «el régimen actual franquista que padece España es más vasco que castellano».<sup>35</sup> Tal es el diseño institucional que permitió encajar la identidad vasca disputada durante la Guerra Civil en el Nuevo Estado y, con ella, al sector católico del bando perdedor.

La apropiación institucional del imaginario de “la” identidad vasca durante la posguerra empezó por la patrimonialización de sus señas más “objetivas” en el espacio público. Las conmemoraciones y celebraciones populares, tanto aquellas vinculadas al calendario festivo ritual como las dirigidas a honrar visitas ilustres, exhibieron con amplitud la estética etno-rural que tradicionalistas y nacionalistas vascos compartían. Tanto las visitas circunstanciales de Francisco Franco como sus periódicas estancias estivales fueron dotadas de todo tipo de aditamentos folklóricos (el *Agur Jaunak*, el

---

<sup>33</sup> Ibid, 281-284, 306-320

<sup>34</sup> C. CALVO, «La fiesta pública durante el franquismo», p. 175; MONTERO, J., *El estado carlista*, pp. 518-519; G. DI FEBBO, «El modelo beligerante del nacionalcatolicismo franquista».

<sup>35</sup> *De la angustia a la libertad. Memorias de un federalista*, Madrid: Espasa, 1977, pp. 342 y 522, citado en L. CASTELLS. y J. GRACIA, «La nación española en la perspectiva vasca».

zortziko de bienvenida) destinados a ensalzar ante el “Generalísimo” la identidad supuestamente objetiva de los vascos.<sup>36</sup>

Por lo demás, el repertorio católico de movilización y conmemoración constituyó el más importante canal de expresión de esta identidad en clave patriótica. Los científicos sociales han planteado que estas tierras fueron marginales en la geografía de las políticas de consenso de la dictadura, pintándolas como un territorio sometido a un código de guerra que impedía la manifestación del disenso mayoritario. Esta tesis se sustenta en una minusvaloración del elemento religioso subyacente en muchos de los canales nacionalizadores de esos años, muy propia de una generación que vivió una experiencia secularizadora un tanto traumática (por no hablar de una excesiva asimilación de la memoria nacionalista en su particular relato del pasado).<sup>37</sup>

Lo cierto es que la memoria de la Guerra animó el calendario conmemorativo local, y que el ceremonial patriótico de impronta nacionalcatólica interactuó fluidamente con mitos y memorias locales, alentando un ritual de marcado acento fúnebre destinado a “conmemorar la muerte” con el fin de “recordar la historia”.<sup>38</sup> Celebraciones eclesiales, misas de campaña, procesiones, congresos eucarísticos, rituales de desagravio, rogativas, vía crucis, traslados de figuras religiosas mutiladas, jornadas de desagravio y purificación de edificios afectados por la guerra o la “maldad roja”... Todo este repertorio movilizador fue religioso y, en igual medida, político y patriótico, y sirvió para consolidar la legitimidad del nuevo Estado y de su nacionalismo fundacional. Todo ello se afianzó en una memoria colectiva que convertía la “Cruzada” en mito fundador e interactuaba con la identidad y tradición locales, convirtiendo las ruinas de los templos destruidos en lugares de memoria y marcos privilegiados de las movilizaciones patrióticas.<sup>39</sup>

Todo este ceremonial penitencial fue el que dominó la movilización patriótica de los años 40 y principios de los 50, y a través de él se difundió el imaginario de la

---

<sup>36</sup> J. WALTON, “General Franco at the Seaside”, agradezco a su autor el conocimiento de este manuscrito inédito.

<sup>37</sup> Los exponentes clásicos de esta lectura de los hechos son A. PÉREZ AGOTE, *La reproducción del nacionalismo.*; A. GURRUCHAGA, *El código nacionalista vasco durante el franquismo.*

<sup>38</sup> P. RÚJULA, «Conmemorar la muerte, recordar la historia».

<sup>39</sup> Este repertorio movilizador está bien expuesto en el más intuitivo que satisfactorio trabajo de J. SÁNCHEZ ERAUSKIN, *Por el Imperio hacia Dios.*

identidad vasca. Ello explica la tranquilidad con que el régimen ejerció el poder en estas tierras hasta finales de los años 60 así como la naturalidad con que asimiló su identidad tónica en la esfera pública... Eso y la entusiasta participación de muchos católicos vencidos (no mencionar, obviamente, el caso de los vencedores) en el botín de la victoria, en forma de atractiva oferta de iniciativas empresariales libres de “molestas” reclamaciones de los trabajadores. En las décadas de 1940 y 1950 tuvo lugar un enriquecimiento masivo del pequeño y mediano empresariado en las tres provincias, una parte importante de él de tradición nacionalista. Los pequeños talleres familiares se convirtieron en lucrativas empresas con decenas (si no cientos) de trabajadores, muchas dedicadas al servicio auxiliar a las grandes empresas navales, metalúrgicas o siderúrgicas de la Margen Izquierda del Nervión o del Valle de Léniz. El exiliado dirigente del PNV Xabier de Landaburu, en su alegato patriótico dirigido a los hijos de las familias nacionalistas, dejó constancia de su amargura ante un comportamiento social en el que el disenso de muchos de estos vencidos terminaba tornándose en consenso pasivo (si no activo) mediante su participación entregada en los réditos económicos y sociales generados en tierra vasca por las “políticas de la victoria”.<sup>40</sup>

Por lo demás, a la estética vasquista que se confirió al repertorio local movilizador se sumaron ensayos históricos y políticos que centraron el discurso del nuevo españolismo vasco. Tal fue el caso de Zacarías de Vizcarra, inventor, junto con Ramiro de Maeztu, de la Hispanidad como fundamento del nuevo relato católico de la nación. En su libro prototípico sobre la españolidad de “Vasconia” incidía en los viejos tópicos regionalistas del amor de los vascos a la patria, amparándose en el comportamiento de provincias como Navarra o Álava en la Guerra Civil, a lo que añadía los mártires donostiarras y vizcaínos masacrados en la «Euzkadi roja». Se trata de un relato conciliador de la historia vasca y española clásico en el discurso de esos años.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> F. J. de Landaburu, *La Causa del Pueblo Vasco*, 1956, cit. en J.M. GARMENDIA y M. GONZÁLEZ, «Crecimiento económico y actitudes políticas de la burguesía vasca, en la posguerra», p. 195. Este “consenso pasivo” de la comunidad nacionalista vasca también en J. SULLIVAN, *ETA and Basque Nationalism*, p. 28.

<sup>41</sup> Zacarías de Vizcarra y Arana, *Vasconia españolísima. Datos para comprobar que Vasconia es reliquia preciosa de lo más español de España*, Editorial Tradicionalista, San Sebastián, 1939.

Más interés aún hubo por mostrar cómo también en los tiempos más recientes los vascos y, más concretamente, los vizcaínos (los más sospechosos de debilidad del “sentimiento nacional” por haber albergado el Gobierno Vasco) habían mostrado su españolismo. Tal fue el sentido del libro de Francisco de Igartua, o el de obras como “Política nacional en Vizcaya”, de Javier de Ybarra, cuyo ánimo expreso está ya en el propio título. En su prólogo, Rafael Sánchez Mazas llegaba a sostener que «dos legiones decisivas en la lucha contra separatistas y rojos habían sido la militar, en África, y la civil, en Vizcaya», constituyendo esta última «la África espiritual y política para los cadetes espirituales de una España reconquistada».<sup>42</sup>

El discurso público acerca de los vascos fue, pues, recurrente en su reivindicación de su patriotismo, mostrándose sumamente afectado por la “tragedia espiritual” ocurrida, que había entrado en conflicto con las esencias españolas de la “auténtica” tradición vasca.<sup>43</sup> Este fue el relato estrella de posguerra, cuando aún estaba fresco el estigma de las “provincias traidoras”, que se iría disolviendo en el feliz tiempo de los negocios lucrativos a que se referiría Landaburu. Un relato que debe enmarcarse, además, en un contexto de revalorización de lo regional en el nacionalismo oficial o, más concretamente, en una de sus tradiciones, aquella que había exaltado lo regional como “arma de guerra” de la “nación en armas” levantada contra la República.<sup>44</sup>

En este nacionalismo, lo regional (lo navarro, lo vascongado, unas veces fundidos y otras separados) actuaba como una cualidad constitutiva de (si bien

---

<sup>42</sup> “Prólogo” a Javier de Ybarra, *Política Nacional en Vizcaya*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1948, p. VII, cit. en CASTELLS L. y GRACIA J., *La nación española en la perspectiva vasca*. De corte similar: Francisco Igartua y Landecho, *La tradición y el progreso vizcaíno al servicio de la unidad nacional*, Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, Bilbao, 1947. Por cierto que el libro firmado por Ybarra (aunque, al parecer, no escrito por él, ya en esta época existían “negros” respetables a los que recurrir) constituye, hasta la fecha, el principal referente, reconocido o implícito, bajo el que se acude a determinados periodos del País Vasco que, sorprendentemente, siguen sin atención historiográfica: la Restauración, en una parte importante de su segunda etapa, la dictadura de Primo de Rivera...

<sup>43</sup> Ramón Sierra Bustamante, *Euzkadi. De Sabino Arana a Jose Antonio Aguirre*, Editora Nacional, Madrid, 1941; Maximiano García Venero, *Historia del nacionalismo vasco*, Editora Nacional, Madrid, 1945; García de Castro, *La tragedia espiritual de Vizcaya*, 1937; P. Altabella, *El catolicismo de los nacionalistas vascos*, Editora Nacional, Madrid, 1939.

<sup>44</sup> X. M. NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 284-291; J. UGARTE, *La nueva Covadonga insurgente*, pp. 350-369

jerárquicamente inferior a) lo nacional. Francisco Elías de Tejada concebía cinco grandes cuerpos regionales constituidos en «afluente histórico» de «la tradición común de las Españas». Y el más importante era «Euskalerría» pues «todo el sentido de lo vasco y toda su especialidad respecto a los demás pueblos españoles se explican con arreglo a [su] primitivismo». La antigüedad racial de unos «hombres membrudos, de grandes fuerzas físicas; raza campesina y marinera, a la que sólo desde hace muy pocos años va acercándose el urbanismo de las grandes poblaciones», constituía, como en el tópico romántico del XIX, el mejor símbolo de la perpetuación biológica de la nación.<sup>45</sup>

Y esa antigüedad quedaba reflejada en el carácter campesino mayoritario en este pueblo, que convertía a los vascos en los españoles más «sanos en cuerpo y espíritu» según Elías de Tejada, por cuanto permanecían alejados de la cultura «corrupta» urbana e industrial desde ese Magdaleniense en que los había datado como pueblo uniforme Barandiarán. El campesinado había sido imaginado desde el siglo pasado por la Europa conservadora como un peculiar colectivo que conservaba, en su distancia de la sociedad industrial, la pureza de la nacionalidad. Y el nuevo nacionalismo biológico de la derecha extremista seguía abrigando la más alta consideración patriótica de este tipo humano, siempre contrapuesto al habitante de la ciudad.<sup>46</sup> Este discurso acerca de lo vasco fue sorprendentemente consonante con las prácticas de violencia contra los vencidos de la Guerra y posguerra. Algo poco sorprendente pues la matriz cultural de esta consideración de lo vasco descansaba en un nacionalismo permeado de componentes biologists e higienistas comunes a la derecha extremista europea y que habían alimentado el proyecto depurador de la “Anti España”.<sup>47</sup> No puede sorprender que más de 2/3 de los ejecutados provinieran de esos espacios exógenos a “lo vasco”, de esas ciudades fabriles en donde se había orquestado la “tragedia espiritual”.<sup>48</sup>

### **Consagración de la *identidad* vasca**

---

<sup>45</sup> Francisco Elías de Tejada, *Las Españas. Formación histórica, tradiciones regionales*, Madrid: Ambos Mundos, 1948, pp. 104, 107

<sup>46</sup> J.P. JESSENNE, *Les campagnes françaises entre mythe et histoire*, pp. 32-35; A.M. THIESSE, *La creation des identités nationales*, pp. 159-160 ; R. VINEN, *Europa en fragmentos*, 175.

<sup>47</sup> M. RICHARDS, *A Time of Silence*, pp. 26-66; Quiroga, «Hermanos de sangre».

<sup>48</sup> Para el caso de Galicia, en que la represión adquirió premisas estéticas similares: A. MIGUEZ MACHO, «La destrucción de la ciudadanía y la *reruralización* ideológica de la sociedad». Una perspectiva muy sugerente en G. ALARES, «Ruralismo, fascismo y regeneración». pp. 138-141.

La contemplación idealizada de lo vasco en el discurso nacionalista del Franquismo adquirirá rango institucional en la actividad erudita generada por las instituciones locales encuadradas en el Patronato Cuadrado del CSIC. Promovían una actividad científica de marcado acento particularista. Su objetivo era dotar a la historia local de un marco institucional de ejecución, con instrumentos y soportes económicos y logísticos.<sup>49</sup> Consiguientemente, su empeño fue reforzar un relato oficial de la nación que integraba los particularismos en la línea de lo apuntado por Elías de Tejada. Hubo instituciones “regeneradas” por impulso de este Patronato, caso de la Junta de Cultura de Vizcaya en 1943, que perdió el apelativo de “vasca” que había tenido desde su fundación en 1918 por la Sociedad de Estudios Vascos, o la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País (RSVAP), en 1948. Se trataba de instituciones que no sólo reflejaban la heterogeneidad cultural del “Franquismo”, sino que buscaban ubicar “la identidad vasca” en su discurso legitimador.<sup>50</sup>

No es extraño que el mismo Jose María de Areilza que había amparado la represión violenta tras la caída de Bilbao, exaltando la obligación de los vencedores de depurar el “cuerpo nacional” de unos “rojos” concebidos como “elementos patógenos” promoviera, a través de la Diputación de Vizcaya, la reactivación de Euskaltzaindia, la Academia de la Lengua Vasca. Y que esto ocurriera en fecha tan temprana como 1941, cuando, según el relato canónico que aún impera, el euskera se encontraba en trance de desaparición. O que diez años después del fin de la guerra en suelo vasco, la RSVAP publicara ya un suplemento literario en euskera. El euskera y la arqueología constituyeron, de hecho, los dos referentes (interdependientes) de interés de estos organismos eruditos, pues ambos remitían a ese pasado milenar que daba lustre a la consideración biológica de la nacionalidad y al lugar de la patria local en ella.

En 1952, la Junta de Cultura de Vizcaya organizó una velada necrológica en recuerdo de Resurrección María de Azkue, recientemente fallecido, con la participación de personajes como Ignacio de Urquijo Olano, Conde Urquijo, promotor de la nueva RSVAP, y fundador del Instituto Vascongado de Cultura Hispánica en 1942, o Antonio Tovar, catedrático y Rector de la Universidad de Salamanca, antiguo propagandista del nacionalismo falangista e impulsor de los estudios lingüísticos sobre la lengua vasca en

---

<sup>49</sup> M. MARÍN GELABERT, *Los historiadores españoles en el franquismo*.

<sup>50</sup> G. PASSAMAR, *Historiografía e ideología en la posguerra española*, pp. 22-89.

la universidad española.<sup>51</sup> Estos años de posguerra conocieron, al amparo de este marco institucional, los primeros trabajos de Julio Caro Baroja sobre “los vascos”, empeñados en modernizar la tesis primordialista de su mentor, Jose Miguel de Barandiaran. Caro Baroja sometía la identidad de los vascos a una secuenciación cíclica, mucho más histórica que la de su mentor, si bien mantenía, a la par, la tesis de unas “regularidades culturales” reflejadas en la comunidad de hábitos y prácticas campesinas que permitían hablar de un “pueblo vasco” desde el tiempo de la romanización.<sup>52</sup>

El mismo año en que se celebró la velada en honor de Azkue, una comitiva en representación de la RSVAP y la Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi (otro bastión de esta red institucional) visitó en su residencia vasco-francesa al propio Barandiaran con el propósito de convencerle de que regresara a Guipúzcoa y trabajara en los proyectos arqueológicos promovidos por estas instituciones del CSIC. En 1957, Barandiaran recuperó su actividad arqueológica y etnológica en tierras vasco-españolas y comenzó una exitosa actividad pública, con conferencias como la dedicada al «hombre vasco prehistórico» en Bilbao, que contó «con asistencia de autoridades y gran público» o el ciclo de lecciones sobre «Problemas prehistóricos y étnicos del País Vasco» al que fue invitado en la Universidad Central por el Director del Museo Arqueológico Nacional, Martín Almagro, en 1958.<sup>53</sup>

La dimensión pública de los trabajos de los historiadores, palentólogos, etnólogos y lingüistas que colaboraron con estas instituciones, así como la adecuación de sus análisis científicos al relato oficial católico de la identidad vasca, mide la intensidad con que una determinada concepción canónica del pueblo vasco fue banalizada en la posguerra y los años 50 como objeto de consumo patriótico.<sup>54</sup> Y es que

---

<sup>51</sup> Resulta algo más que anecdótica esta consonancia entre una determinada concepción organicista de la nación y el estudio erudito en torno a la lengua vasca. Creo que como mejor se puede comprender ésta es si se considera a la lengua vasca como uno de los paliativos que la historiografía local destinó a esa “terapia de la nación enferma” a que se refirió C. BOYD, *Historia Patria*, pp. 232-272.

<sup>52</sup> F. MOLINA, «El intelectual en el laberinto», pp. 160-161.

<sup>53</sup> A. MANTEROLA y G. ARREGI, *Vida y obra de José Miguel de Barandiarán*, pp. 60, 69-77

<sup>54</sup> J. V. WERTSCH, «Consuming Nationalism» realiza una interesante crítica de la tesis de Michael Billig sobre la dimensión banalizadora del nacionalismo, interrelacionándola con el funcionamiento del sistema capitalista liberal y la necesidad que los ciudadanos tienen de “consumir” todo tipo de productos culturales, incluidos los patrióticos... Si, como apunta, “los instrumentos culturales siempre reflejan el espacio sociocultural en que vivimos y actuamos” (p. 470), simplemente propongo que la identidad vasca

“la identidad vasca” no fue un producto de consumo exclusivo de élites académicas e intelectuales, al contrario, su éxito entre éstas fue reflejo del que tenía en estratos sociales más vastos. El relato romántico de los vascos, más o menos pasado por un tamiz científico, tuvo tanto o más éxito en la mesocracia que progresó al compás de la política clientelar de la dictadura y que revalidó el País Vasco como destino de turismo exótico. La familia Franco-Polo sustituyó a los borbones en el papel tractor en este turismo, visitando San Sebastián hasta en 35 ocasiones entre 1939 y 1973, convirtiéndola de nuevo en capital estival del Estado y sede de una clase media ociosa que imitaba las maneras de los grupos dirigentes mientras intentaba medrar en su entorno.<sup>55</sup> Y lo que esta mesocracia esperaba encontrar en estas tierras exóticas era lo mismo que había esperado encontrar la isabelina o alfonsina: la “utopía de la España conservadora”, una “tierra de paisajes verdes y costumbres patriarcales muy adecuada para pasar el verano”, en la que encontrar esas figuras tópicas del romanticismo vasco del XIX reformuladas por la cultura católica del siglo XX.<sup>56</sup>

«Los seres humanos, alimañas envidiosas poseídas del espíritu de la destrucción, han ido a lo largo de muchos siglos arruinando la única y más hermosa herencia que nos quedó del Edén perdido: y así se ve a lo largo de toda la geografía nacional». Así apuntaba un folleto turístico dirigido a los veraneantes que acudieran a la costa vasca. Existía una excepción a esta degradación del Edén nacional perdido: el País Vasco. Esta tierra seguía en comunión con el (conservador) tiempo de ese Edén, con la naturaleza salvaje y con los misterios de la raza primigenia. El paisaje primordial era reflejo de la permanencia de los rasgos originarios de la identidad nacional, especialmente del más sustantivo, la religión: «Todo habla de Dios en cualquier lugar del País Vasco». La guía turística no abstraía el paisaje industrial, la «selva de chimeneas y edificios cuadrados», pero lo que realmente le interesaba mostrar era el que realmente guardaba la estética de la nación primordial: «extensas pomaradas (...) [de] caseríos de anchos aleros, donde se oye un vascuence dulce y melancólico y donde todavía el agrio silbido del chistu no ha sido ahogado por el altavoz plebeyo». Este es el marco de «una milenaria raza de

---

hoy día hegemónica es un producto cultural del “espacio sociocultural” del Franquismo, tiempo en que fue manufacturada con destino a que fuera consumida a amplia escala popular.

<sup>55</sup> J. SADA, *Franco en San Sebastián a través de la prensa*; J. WALTON, «General Franco at the seaside».

<sup>56</sup> J. JUARISTI, *El bucle melancólico*, p. 44.

ignorado origen, cuyo estudio fascina a los etnólogos y filólogos de todas las nacionalidades». La permanencia de la raza es ligada a la geografía rural en que su idioma se reproduce. Es allí donde, según las guías de viaje, pueden contemplarse los rasgos físicos sobresalientes de esos individuos «sanos de carne como de espíritu» a que se había referido Elías de Tejada.<sup>57</sup> La manifestación material de esta “raza fósil” tiene lugar, además de en la lengua y los tipos campesinos, en el propio paisaje rural, en las casas cuyos escudos heráldicos dan prueba de la nobleza originaria (es decir, de la pureza biológica) de sus habitantes, en la música y tradiciones folklóricas y, de entre éstas, en los deportes rurales, dado que, como insistirá otra guía contemporánea, «gozan los vascos de una disposición natural para toda clase de deportes».<sup>58</sup>

Estas idealizaciones formaban parte de la cultura de la España católica que el régimen de Franco había convertido en única fuente de representación de la nación. Hace treinta años Stanley Payne indicó cómo el “nuevo Estado” produjo, “por lo menos durante un decenio, la más notable restauración tradicionalista, religiosa y cultural que se haya visto en el siglo XX en cualquier país europeo”.<sup>59</sup> Y la exaltación de la identidad vasca formó parte de ese proceso de resacralización de la vida pública. Si esta identidad tópica había sido reinventada por los segmentos liberales y obreros de la II República como un enemigo secular de la democracia, era natural que un Estado cuya cultura política se fundaba en la confrontación con esa tradición liberal mimara dichos tópicos y banalizaciones etno-románticas.<sup>60</sup>

La tipificación del “buen vasco” y su patrón racial distintivo hecha por Barandiarán o Elías de Tejada fue, así, trivializada en guías turísticas o, de forma aún más explícita, a través de personajes del tebeo como *Pacho Dinamita*, boxeador inspirado en el *Big Ben Bolt* de Elliott Caplin y John Cullen Murphy tanto como en la figura icónica de Paulino Uzcudun. Este boxeador guipuzcoano, conocido

---

<sup>57</sup> El campo y sus tipos humanos comunicaban, desde el siglo XIX, valores de higiene, salud, masculinidad, sexualidad ordenada, respetabilidad moral y, consiguientemente, “sano patriotismo” que alimentaron las culturas nacionalistas más extremistas a lo largo y ancho del mundo occidental, como reflejó G. L. MOSSE, *Nationalism and Sexuality*, pp. 31-32.

<sup>58</sup> *El País Vasco. Guía turística. Folklore, paisaje, monumentos*, sin pie de imprenta, 1955, sin paginar; *Guía Turística del País Vasco*, sin pie de imprenta, 1955, pp. 61, 65, 67.

<sup>59</sup> S. G. PAYNE, *El catolicismo español*, p. 217

<sup>60</sup> F. MOLINA; «El vasco o el eterno separatista», pp. 302-315.

internacionalmente como “the Basque Bull” o “the Basque Woodchopper”, había sido un icono castizo del deporte español de los años veinte, y había hecho “honor” a esa imagen enrolándose en los tercios de requetés que combatieron en la Guerra Civil y participando en un novelesco intento de rescate de Jose Antonio Primo de Rivera, lo que revalidó aún más su consideración de “símbolo de la brava raza española”.<sup>61</sup>

*Pacho Dinamita* respondía, punto por punto, a la descripción estética que las guías de viajes hacían del “vasco” como representante icónico de la identidad primordial de España, la misma condición que el nacionalismo español primorriverista y luego franquista transmitió de la figura de Uzcudun. La editorial que publicó sus aventuras pertenecía a Manuel Gago, creador de otro icono patriótico de la cultura popular de la época: *El Guerrero del Antifaz*.<sup>62</sup> **(ILUSTRACIÓN III, p. 43 de este documento)**

El entorno idílico de la Vasconia rural, representada en el Asteasu del indómito Pacho (aldeíta guipuzcoana sospechosamente similar al Régil natal de Uzcudun), su plácido universo social, religioso, austero y campesino, sería evocado de igual manera tópica por la cinematografía franquista. Otro icono de masas, Joselito, aparecerá en la *Vida nueva de Pedrito Andía* de Rafael Gil (1964) caracterizado como uno de esos restos fósiles de la España primordial, ataviado de txapela, faja y alpargatas, conduciendo un carro mientras cantaba en euskera, entre los mismos paisajes y tipos humanos aparecidos en tantas otras películas, caso de *Zalacaín el Aventurero* (1954), en

---

<sup>61</sup> M. VITORIA, *Paulino Uzkudun*, pp. 41-43, 53-55; el entrecomillado lo tomo de las declaraciones de Juan Osés en *Noticias de Guipúzcoa*, 11 abril 2011 y *Diario Vasco*, 16 abril 2011. La estampería barcelonesa de Paluzie incorporó, en sus colecciones de recortables de los años veinte y treinta, a Paulino Uzcudun, ofreciendo la posibilidad de que los niños de la época tardo-alfonsina y republicana montaran fantásticos torneos de boxeo...

<sup>62</sup> Iconos populares como Uzcudun fueron esenciales en la inserción de la identidad vasca en el repertorio de masculinidad y violencia del nacionalismo católico. Hasta tal punto se produjo esa identificación entre deporte de masas, identidad regional, masculinidad, violencia y nacionalismo que en plena Guerra Civil un empresario del boxeo intentó montar un combate entre los dos púgiles vascos más importantes, un Uzcudun en horas bajas, con calzón rojigualda, y un Isidoro Gaztañaga en su momento de esplendor, al que quería vestir con calzón tricolor (había recibido la etiqueta de “rojo” porque se había negado a significarse públicamente en relación con el “Alzamiento”, lo cual entrañó su inmediata tipificación como tal por la propaganda rebelde). El dato lo tomo de J. OSÉS, *Isidoro Gaztañaga*;, y de su entrevista en *Diario Vasco*, 16 abril 2011.

donde puede contemplarse otro aluvión de coros y danzas similares a los que promovían las autoridades locales en las celebraciones patrióticas de esos años. En otros filmes como *Diez fusiles* (1954) de Jose Luis Saenz de Heredia o *la Reina del Chantecler*, de Rafael Gil (1962), con “Sarita Montiel”, volverán a insertarse abundancia de motivos “vascos” en mitad de panorámicas idílicas de corte rural...

Por lo demás, esa “disposición natural [del vasco] para toda clase de deportes” a que se refería una guía turística comentada quedará reflejada, además de en el boxeo (que reproducirá luego muchos de estos tópicos a propósito de la trágica figura de Jose Manuel *Urtain*), en uno de los iconos del deporte rey de esos años: el Athletic de Bilbao. Este equipo es el mejor reflejo de la ubicuidad patriótica de la identidad vasca manufacturada como objeto tópico de consumo popular en estas décadas. Sus componentes etno-románticos le permitirían moverse con naturalidad de un extremo al otro de la nación, del españolismo más recalcitrante, reflejado en su propio símbolo deportivo (el león), al vasquismo abertzale que adoptaría en el tardofranquismo, gracias al sustrato cultural común que unía ambos nacionalismos.

El Athletic que comenzó a ganar copas y ligas en la temporada 1940-41, será al régimen de Franco en el deporte lo que Santa Teresa le fue en el santoral: el símbolo de “la raza”. Los mismos discursos falangistas insistirán en estos años en la consideración de este equipo como “la encarnación de los valores masculinos hispánicos: virilidad, ímpetu y furia”.<sup>63</sup> A finales de esa década la delantera de la selección española estaba formada casi por entero por jugadores de este equipo (Basora, Venancio, Zarra, Panizo y Gaínza), y sería uno de éstos, Zarra, el que conseguiría el mítico tanto contra la “Pérfida Albión” en el Mundial de 1950 de Brasil.<sup>64</sup> El porte estético- racial de estos jugadores simbolizaba la misma entraña de la españolidad reflejada por Paulino Uzcudun años antes. Eran los tiempos de “los cinco magníficos” (Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo, Gaínza), glosados en los noticiarios documentales y los artículos de prensa, y convertidos en iconos populares a través de los cromos y recortables

---

<sup>63</sup> A. QUIROGA, «Spanish Fury». Véase, además, el capítulo de este historiador en esta monografía.

<sup>64</sup> Su figura se convirtió en un icono del fútbol español y su matriz “racial”, de la que era connotativa su oriundez vasca, que siempre salía a relucir en la exaltación de su figura. Sólo uno de los partidos de ese Mundial de Brasil, el disputado con Chile y que dio paso al mítico encuentro con Inglaterra, dio pie hasta a un romance literario: Pedro de MIRANDA, «Romance de las botas de Zarra en el España-Chile en Río de Janeiro» (1950), recogido en *Épica y lírica del fútbol*, Madrid: Alianza, 1996, pp. 172-173.

infantiles, las fotografías o los carteles ilustrados. Estas figuras icónicas reproducían la identidad vasca en la cultura popular y facilitaban su consumo mediante canales de comunicación que incorporaban discursos falangistas y tradicionalistas, es decir que aglutinaban dos nacionalismos que habían llegado a ser dispares en su tratamiento de esta identidad durante la Guerra Civil. Los seguidores y peñas del Athletic se repartirán por toda España, la simpatía por su juego elegante y su porte racial (el equipo sólo aceptaba jugadores nacidos en el País Vasco o Navarra) será general en todo el país. Y en esta simpatía algo debía de haber de empatía entre las clases populares de toda España y un discurso nacionalista de tradición decimonónica que exaltaba con insistencia los referentes biológicos y raciales simbolizados por este equipo... **(ILUSTRACIÓN IV, p. 44 de este documento)**

### **Conclusión**

La identidad vasca durante el Franquismo no fue cuestionada en su fundamento último como etnicidad. En tanto que tal, constituía una invención, si bien a esas alturas de siglo ésta había calado de tal forma que era percibida como una realidad no sólo por los ciudadanos de estos territorios, sino por el conjunto de españoles, que creían poder discernir los rasgos culturales propios de “los vascos”. A definir esos rasgos se dedicaron intelectuales y académicos, mientras la cultura popular se encargó de banalizarlos. Como es clásico en toda etnicidad, estos rasgos no eran objetivos (¿cuándo lo son?) sino que simplemente eran seleccionados con el fin de delimitar una “frontera de identidad”, una separación entre el “nosotros” y el “ellos”.<sup>65</sup> Todo estudio de una etnicidad, y lo presentado en este capítulo no es sino esto, debe abordar, en último término, cómo ciertos conceptos de tradición, historia, estética o morfología grupal, son aceptados por un colectivo humano e incorporados a la política.<sup>66</sup>

---

<sup>65</sup> La condición instrumental de la etnicidad en de VOS: «Ethnic Pluralism», p. 24; y NEILS CONZEN: «The invention of Ethnicity», pp. 6-9.

<sup>66</sup> Todo grupo étnico está definido por el culto a una serie de mitos, símbolos e imágenes que le proporcionan cohesión y reflejan su supuesta continuidad de pertenencia, cifrada en una serie de caracteres culturales y biológicos (J. HUTCHINSON y A. D. SMITH: «Introduction», pp. 3 y 5; G. A. de VOS: «Ethnic Pluralism», p. 24 y G. A. de VOS y L. ROMANUCCI-ROSS: «Ethnic Identity»). Estos elementos delimitan una frontera que es la que realmente confiere sentido a la identidad étnica, como señaló BARTH, «Introduction».

Dicha incorporación fue culminada durante el Franquismo con la participación de un nacionalismo católico con el cual la identidad étnica había interconectado sin aparentes problemas desde sus orígenes, gracias a su sustrato cultural común: catolicismo tradicionalista, autoritarismo incivil, romanticismo étnico, masculinismo y racismo...<sup>67</sup> Coincidimos, pues, punto por punto, con lo apuntado por Alejandro Quiroga para el caso concreto del fútbol vasco y el nacionalismo franquista.<sup>68</sup> La trayectoria histórica de la identidad colectiva de los vascos durante el Franquismo, como refleja el icono que mejor supo materializarla en el espacio público, el Athletic de Bilbao, confirma que la dictadura promovió la inserción de las identidades locales en el relato legitimador del nuevo Estado, de igual manera que hicieron otros totalitarismos como el nazi o el fascista. Y si promovió esta apropiación es porque existía una simpatía mutua entre ambos discursos, el de la identidad nacional y el de la regional.<sup>69</sup> Existió, por lo tanto, una dimensión regionalista en el nacionalismo franquista, en la que el culto de lo local fue concebido como canal de exaltación de la nación. En este culto intervenían desde instituciones eruditas hasta deportes de masas. Consiguientemente, la apropiación del repertorio de identidad vasca por el nacionalismo franquista quizá no fue tanto un “secuestro” (por aludir al concepto propuesto por Núñez Seixas y Humbach) cuanto una “tutela legal” practicada por unos parientes en el marco de una misma familia política.

Esta apropiación fue exitosa en la medida en que contó con un “Franquismo vasco”-en que respaldarse, es decir, en la medida en que las familias políticas que habían respaldado el golpe de Estado en esos territorios se mantuvieron y reprodujeron generacionalmente. El recuerdo colectivo de la Guerra en clave de martirio, la celebración de la Victoria en clave regenerativa, la conversión del ceremonial católico en canal de identificación cotidiana con la nación estatal funcionaron como mecanismos de interconexión entre lo vasco y lo español mientras el falangismo y el tradicionalismo pervivieron como culturas políticas atractivas socialmente. Eso empezó a cambiar en la década de los 60. Entonces, una nueva generación de nacionalistas vascos comenzó a rebelarse con la actitud contemporizadora de sus mayores con la dictadura. Y esa rebelión fue contestada de forma débil en el espacio público vasco, dado que el

---

<sup>67</sup>A. QUIROGA, «Hermanos de sangre».

<sup>68</sup> A. QUIROGA, «Más deporte y menos latín».

<sup>69</sup> X.M. NÚÑEZ y M. HUMBACH, «Hijacked Heimats», pp. 302, 307-308; CAVAZZA, *Piccole patrie*.

catolicismo político había comenzado un proceso de descomposición en el marco de la secularización de la sociedad vasca. En ese contexto, la movilización pública contra el régimen no encontró, en su argumento acerca de la condición exógena del mismo, el contrapeso de un movimiento interno de respaldo, que se encontraba en declinar generacional.<sup>70</sup>

En 1968, el diario *El Correo Español* subrayaba en una editorial la condición «esencialmente vasc[a]» de la dictadura: «vascas fueron las dos principales provincias que se alzaron contra la República (...); vascos fueron los preparadores del Movimiento Nacional (Maeztu, Goicoechea, Sangróniz, etc.) y si contemplamos el nomenclátor de políticos que nos han gobernado desde aquellas fechas, observamos una interminable lista de nombres vascos (Bilbao, Castiella, Careaga, Arístegui, Bengoa, etc.), de donde puede deducirse que si los vascos estamos oprimidos quienes nos oprimen son tan vascos como nosotros mismo».<sup>71</sup> Esta protesta de españolismo local sonaba ya a retórica defensiva respecto del discurso en progresión de un nuevo nacionalismo vasco de impronta anticolonial e independentista, bien acogido en su representación de la identidad vasca por el conjunto de la oposición política a la dictadura.

Las virtualidades de la memoria colectiva hacían que los mismos vascos que habían contribuido a dar tono y sustancia al régimen de Franco carecieran, a la altura de 1970, de una cultura política que les reivindicara, promoviera estatuas en su nombre y fomentara rituales conmemorativos en su honor. Los monumentos bombardeados por ETA en los primeros 70, generalmente las lápidas y estelas con los caídos locales levantadas tres décadas antes en Guipúzcoa y Vizcaya no volvieron a ser levantados. La memoria de los muertos apropiados por el Franquismo comenzó a ser gestionada por unos vivos que no se sentían identificados con su pasada lealtad nacional, que procedieron a silenciarla o abstraerla para dar forma a un nuevo mito: el del Franquismo como enemigo del pueblo vasco. La misma identidad que el régimen se había preocupado en exaltar recorría en estos años, de la mano de sus símbolos tradicionales (el paisaje y la cultura rural, el deporte y la lengua) el camino inverso y se aproximaba al nuevo nacionalismo vasquista. En pleno contexto de secularización, el catolicismo dejó de actuar como canal de conciliación entre una identidad local y nacional

---

<sup>70</sup> F. MOLINA, «De la Historia a la Memoria», pp. 191-196

<sup>71</sup> L. CASTELLS y J. GRACIA, «La nación española en perspectiva vasca».

estereotipadas. Su vacío fue rellenado por ideologías como el marxismo, conciliado perfectamente con un nuevo nacionalismo vasco secularizado. En el año 1970, la solidaridad de numerosos colectivos de dentro y fuera del País Vasco hacia los militantes de ETA sometidos a Juicio en el Tribunal Militar de Burgos generó una primera oleada de indignación popular y movilizaciones populares en distintos lugares de España contra el “pueblo vasco” o “los vascos”, promovidas desde las instituciones oficiales. Los “vascos” volvían a convertirse, como treinta años antes, en “enemigo interior” de la nación y a engrosar la nómina del “contubernio judeo-masónico-comunista” que maquinaba contra ésta.<sup>72</sup>

Patxi Caspistegui recuerda cómo “es preciso atender al uso de términos vinculados a la idea de historiografía nacional, dado que en torno a ésta giran conceptos como identidad, memoria, comunidad, cultura, etc., conceptos todos ellos desgastados por un uso que lleva a utilizarlos de forma anacrónica e imprecisa, y sin atender a su propio carácter cultural y, por tanto, variable”.<sup>73</sup> Dicho de otro modo: utilizar un término como el de “identidad vasca” atribuyéndole un contenido objetivo a lo largo de la historia significa impostar con referentes interpretativos del presente la representación que hagamos del pasado, convirtiendo éste en parte del relato nacional canónico. No existió una “identidad vasca” en la historia, ni siquiera en la historia más reciente, sino una consideración hegemónica acerca de ésta, dependiente de una determinada cultura política mayoritaria durante más de un siglo en tierras vascas, y que penetró de una forma diversa en el espacio íntimo de los vascos, así como de aquellos que, no identificándose como tales, buscaban identificar así a otros con el fin de delimitar (de forma incluyente o excluyente) su frontera de identidad.

La complejidad e historicidad de una identidad territorial como la vasca explica por qué pudo ser abrazada de forma sustancialmente unánime por dos nacionalismos alternativos en un determinado ciclo histórico para luego resultar retirada a uno en beneficio del otro. Si se conciben estos dos nacionalismos como conceptos banalizadores a los que recurrimos historiadores o científicos sociales para agrupar culturas políticas e identidades complejas, unidas históricamente por un común sustrato político y cultural (católico y tradicionalista), la comprensión de este fenómeno es más

---

<sup>72</sup> F. MOLINA, «El vasco o el eterno separatista», p. 317

<sup>73</sup> F.J. CASPISTEGUI, «Los metarrelatos nacionales y el retorno del nacionalismo historiográfico».

fácil. Y permite explicar cómo una representación hegemónica de la identidad vasca pudo, a finales de los sesenta y principios de los setenta, moverse, como el Athletic de Bilbao, de la exaltación de la unidad de destino en lo universal a la de una nación milenaria sojuzgada colonialmente por el Estado. Quizá porque la entidad histórica de esta identidad siempre ha resultado ser más continente que contenido, un continente formal hecho a la medida de una determinada concepción de la realidad política y social mucho más proclive a prácticas inciviles que cívicas, a postulados totalizadores que a democráticos, a ensoñaciones de derechos colectivos más que individuales, a comportamientos políticos sustentados en referentes emotivos e irracionales, más que cívicos y pluralistas.

### **Bibliografía citada**

AGUILAR, Paloma, «La guerra civil española en el discurso nacionalista vasco. Memorias peculiares, lecciones diferentes», J. Ugarte (ed.), *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Bilbao: UPV, 1998, pp. 121-154

AGUIRRE, Joxean, *No les bastó Guernica. Euskal Herria, 1960-2010*, Andoain: Euskal Memoria Fundazioa, 2011

ALARES, Gustavo, «Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada», *Ayer*, nº 83, 2011, pp. 127-147

BARRUSO, Pedro, *Violencia Política y Represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el primer Franquismo (1936-1945)*, San Sebastián: Hiria, 2005

BARTH, Frederick: «Introduction», en F. Barth (ed.), *Ethnic Groups and boundaries. The Social Organisation of Cultural Difference*, Londres: Allen & Unwin, , 1969, pp. 9-38

BENEGAS, Jose María, (ed.), *Recuerdo de Fernando Múgica*, Fundación Pablo Iglesias: Madrid, 2011

BOYD, Carolyn, *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton: Princeton UP, 1997

CALVO, Cándida, «La fiesta pública durante el franquismo. Instrumento socializador del tradicionalismo en Guipúzcoa», *Actas del Primer Encuentro de Investigadores del franquismo* Barcelona: Universidad Autónoma, 1992, pp. 175-178

CANALES SERRANO, Antonio F., «El robo de la memoria. Sobre el lugar del franquismo en la historiografía católico-catalanista», *Ayer*, nº 59 (2005), pp. 259-280.

—*Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña durante el siglo XX*, Madrid: Marcial Pons, 2006

CASPISTEGUI, Francisco José: «Los metarrelatos nacionales y el retorno del nacionalismo historiográfico», manuscrito inédito, en proceso de publicación.

CASQUETE, Jesús, *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid: Tecnos, 2009

CASTELLS, Luis y GRACIA, Juan, «La nación española en la perspectiva vasca», manuscrito inédito, pendiente de publicación.

CAVAZZA, Stefano, *Piccole patrie. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo*, Bologna: il Mulino, 2003 [1997]

CLARK, Robert, *The Basques: the Franco years*, Reno: The University of Nevada Press, 1979

—*The Basque Insurgents, ETA, 1952-1980*, Wisconsin: the University of Wisconsin Press, 1984

D'ORSI, Angello, *Guernica, 1937. Las bombas, la barbarie y la mentira*, Madrid: RBA, 2011

DE PABLO, Santiago, «Historiografía: estado de la cuestión», en J.L. de la Granja y S. de Pablo (dirs.), *Guía de fuentes documentales y bibliográficas sobre la Guerra Civil en el País Vasco (1936-1939)*, San Sebastián: Eusko Ikaskuntza, 2009, 39-52

— El linaje de Aitor en la pantalla. Cine, historia e identidad nacional en el País Vasco», en G. Camarero, B. de las Heras y V. de Cruz (eds.), *Una ventana indiscreta. La historia a través del cine*, Madrid: ediciones JC, 2008, pp. 105-130.

—«La lingua vasca durante la dittatura franchista: repressione, resistenza e identità nazionale», *Storia Contemporanea in Friuli*, 38 (2007), 123-144

—«Silencio roto (sólo en parte). El Franquismo y la Transición en la historiografía vasco-navarra», *Vasconia*, 34, 2005, 383-406

De VOS, George: « Ethnic Pluralism: Conflict and Accommodation. The Role of Ethnicity in Social History», en G.A. De Vos y L. Romanucci-Ross (eds): *Ethnic Identity. Creation, Conflict and Accommodation*, Londres: Altamira Press, 1995, pp. 1-36

— y ROMANUCCI-ROSS, Lola «Ehnic Identity: A Psychocultural Perspective», *ibid*, pp. 375-401

DI FEBO, Giuliana, «El modelo beligerante del nacionalcatolicismo franquista. La influencia del carlismo», en C. P. Boyd (ed.), *Religión y política en la España*

*contemporánea*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 57-79

ESPINOSA, Francisco, «Sobre la represión franquista en el País Vasco», *Historia Social*, nº 63, 2009, 59-75

GARMENDIA, Jose María, y GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel, «Crecimiento económico y actitudes políticas de la burguesía vasca, en la posguerra», en M. Ortiz de las Heras, D. Ruiz e I. Sánchez (coords.), *España franquista: causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Albacete: Universidad de Castilla-La Mancha, 1993, 179-195

GIRARDET, RAOUL, *Mythes et mythologies politiques*, Paris: Seuil, 1986

GÓMEZ, Javier, 'La depuración de funcionarios en la Diputación de Álava, 1936-1940', *Historia Contemporánea*, 40, 1 (2010), 95-125

GÓMEZ, Gutmaro y MARCO, Jorge, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Barcelona: Península, 2011

GURRUCHAGA, Ander., *El código nacionalista vasco durante el franquismo*, Madrid: Anthropos, 1985

HUTCHINSON, John y SMITH, Anthony D.: «Introduction», en J. Hutchinson y A.D. Smith (eds.): *Ethnicity. A Reader*, Oxford: Oxford UP, 1996, pp. 3-14.

IRUJO, Xabier, «Introduction to a Political History of the Basque Language and Literature», *Tinta*, Spring, 2009, 31-69

JENSEN, Geoffrey., *Irrational Triumph. Cultural Despair, Military Nationalism, and the Ideological Origins of Franco's Spain*, Reno: University of Nevada Press, 2002

JESSENNE, Jean Pierre *Les campagnes françaises entre mythe et histoire*, Paris: Armand Colin, 2006

JUARISTI, Jon, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid: Espasa, 1997

—y PINO, María, *A cambio del olvido. Una indagación republicana, 1872-1942*, Barcelona: Tusquets, 2011

LEVINGER, Matthew y FRANKLYN LYTLE, Paula, «Myth and mobilization: the triadic structure of nationalism rethoric», *Nations and Nationalism*, vol. 7, nº 2, 2001, 175-194.

LOUZAQO, Joseba: *Soldados de la fe o amantes del progreso. Catolicismo y modernidad en Vizcaya (1890-1923)*, Madrid: Genuvee Ediciones, 2011

—«La Virgen y la Salvación de España. Un ensayo de historia cultural durante la Segunda República», *Ayer*, vol. 82, nº 2, 2011, pp. 187-210

MARÍN GELABERT, Miguel Ángel, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico/Prensa Universitaria de Zaragoza, 2005

MANTEROLA, Ander y ARREGI, Gurutze, *Vida y obra de D. José Miguel de Barandiarán, 1889-1991*, Ataun: Fundación José Miguel de Barandiarán Fundazioa, 2003

MIGUEZ MACHO, Antonio, «La destrucción de la ciudadanía y la reruralización ideológica de la sociedad. Práctica genocida, perpetradores y víctimas en el caso gallego durante la guerra civil», en C. Navajas y D. Iturriaga (eds.), *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño: Universidad de La Rioja, 2010, pp. 295-308.

MOLINA, Fernando, «El vasco o el eterno separatista: la invención de un enemigo secular de la democracia española, 1868-1979», en X.M. Núñez y F. Sevillano (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos nacionales y disputas bélicas (ss. XVI-XX)*, Madrid: CEPC, 2010, pp. 293-323.

—«Guerras simbólicas y construcción nacional en el País Vasco, 1959-1979», ponencia presentada en el Coloquio Internacional *Imaginario nacionalistas e identidad nacional española en el siglo XX*, Santiago de Compostela, 26-27 noviembre de 2009, pendiente de publicación

—«De la historia a la memoria. El carlismo y el problema vasco, 1868-1978», *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 2008, 167-204

—«El intelectual en el laberinto. Julio Caro Baroja y el País Vasco», *Historia Social*, nº 55, 2006, pp. 153-174

MONTERO; Julio, *El estado carlista: Principios teóricos y práctica política (1872-1876)* Madrid: Aportes XIX, 1992

MONTERO, Manuel, «La historia y el nacionalismo. La visión del pasado en el Partido Nacionalista Vasco, 1976-2005», *Historia Contemporánea*, nº 30, 2005, 247-276

MOSSE, George L., *Nationalism and Sexuality. Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*, New York: Howard Fertig, 1997

MURO, Diego, *Ethnicity and Violence. The case of Radical Basque Nationalism* London: Palgrave, 2008

NEILS CONZEN, Katheleen, et al.: «The invention of Ethnicity: A perspective from the U.S.A.», *Journal of American Ethnic History*, nº 12, 1992, pp. 3-41

NÚÑEZ SEIXAS, Xose Manoel, «Los nacionalistas vascos durante la Guerra Civil (1936-1939): una cultura de guerra diferente», *Historia Contemporánea*, nº 35, vol. II, 2007, pp. 559-599

—*¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons, 2006

—«Sobre memoria, minorías nacionales y nacionalismos sin estado», en F. Gómez (ed.), *El derecho a la memoria*, Zarautz, Diputación Foral de Gipuzkoa, 2006, pp. 441-459

—y HUMBACH, Maiken, «Hijacked Heimats: national appropriations of local and regional identities in Germany and Spain, 1930-1945», *Revue Européenne d'Histoire-European Review of History*, vol. 15 (3), 2008, 295-316

OSÉS, Juan, *Isidoro Gaztañaga. El boxeador que nunca existió*, edición del autor, 2011.

PEREA, Joaquín, *El modelo de Iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco (1918-1936)*, Bilbao: Desclée de Brower/IDTP, 1991 (4 vols.)

PASSAMAR, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991

PAYNE, Stanley. G. *El catolicismo español*, Barcelona: Planeta, , 1984

PÉREZ, Jose Antonio, «Foralidad y autonomía bajo el Franquismo (1937-1975)», en L. Castells y A. Cajal (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid: Marcial Pons, 2009, pp. 285-319.

PÉREZ AGOTE, Alfonso, *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Madrid: siglo XXI, 1984

PRESTON, Paul, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona: Debate, 2011

PRATS, Marion, *La cuestión de la “memoria histórica” en País Vasco*, Université Toulouse-Le Mirail 2, Mémoire de Master 1, 2008/9 (inédita)

QUIROGA, Alejandro, «Más deporte y menos latín. Fútbol e identidades nacionales durante el Franquismo», en X.M. Núñez Seixas y S. Michonneau (eds.), *Imaginario nacionalistas durante el Franquismo*, Madrid: Casa de Velázquez, 2012, en prensa

—«Hermanos de sangre. Regeneracionismo, catolicismo y racismo en los nacionalismos españoles, catalanes y vascos (1890-1945)», Cristóbal Gómez Benito (ed.), *Costa y la Modernización de España*, Madrid: UNED, en prensa 2011

—«Spanish Fury. Football and National Identity under Franco (1939-1975)», “Football and Francoism”, Annual Congress of the American Association of Spanish and Portuguese Historical Studies, Ottawa, Canadá, Abril 2010, en prensa

RICHARDS, Michael, *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco’s Spain, 1936-1945*, Cambridge: Cambridge UP, 1998

RIVERA, Antonio, «Cuando la mala historia es peor que la desmemoria (acerca de los mitos de la historia contemporánea vasca)», *El Valor de la Palabra*, nº 4, 2004, pp. 41-72

—*Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2003

—y DE LA FUENTE, Javier «Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta», *Historia Social*, nº 35, 1999, pp. 81-100

RÚJULA, Pedro, «Conmemorar la muerte, recordar la historia. La Fiesta de los Mártires de la Tradición», *Ayer*, nº 51, 2003, pp. 67-85

SADA, Javier, *Franco en San Sebastián a través de la prensa*, Andoain: Txertoa, 2009

SÁNCHEZ ERAUSKIN, Javier. *Por el Imperio hacia Dios. Nacionalcatolicismo en las Vascongadas del Primer Franquismo, 1936-1945*, San Sebastián: R&B, 1994.

SAZ, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid: Marcial Pons, 2003

SULLIVAN, John, *ETA and Basque Nationalism. The Fight for Euskadi, 1890-1986* London: Routledge, 1988

THIESSE, Anne-Marie, *La création des identités nationales, Europe, XVIIIe-XXe siècle*, Paris: Seuil, 1999

UGARTE, Javier, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1998

VILLA, Imanol, *Historia del País Vasco durante el Franquismo*, Madrid: Sílex, 2009

VINEN, Richard, *Europa en Fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo XX*, Barcelona: Península, 2002.

VITORIA, Manuel, *Paulino Uzkudun*, Madrid: Gymnos editorial deportiva, 2004

WALTON, John, “General Franco at the Seaside: San Sebastian under the Dictatorship, 1936-1975”, manuscrito presentado en el Seminario de Historia de la Universidad de Aberystwyth, 24 febrero de 2010, inédito

WATSON, Cameron *Basque Nationalism and Political Violence: The Ideological and Intellectual Origins of ETA* Reno: Center for Basque Studies, 2007

WERTSCH, James V., «Consuming Nationalism», *Culture & Psychology*, Vol. 3, nº 4, 461-471



## ILUSTRACIÓN I



Euzkadi, 14 abril 1931.

## ILUSTRACIÓN II



ILUSTRACIÓN III



El Athletic de Bilbao con la Copa del Generalísimo del año 1950: Lezama, Canito, Areta, Aramberri, Manolín, Nando, Iriondo, Venancio, Panizo, Gainza, Zarra

#### **ILUSTRACIÓN IV**